



VIAGE
A ORIENTE

I

DS48

L3

V.1

C.1



1080097421

ORIENTE

1800-1850

Storia di Egitto

di G. B. ...

1850

1850

VIAGE
A ORIENTE,

1832-1833.

Por M. Alfonso de Lamartine.

TRADUCIDO

POR E. DE OCHOA.

TOMO I.

Edicion del Siglo XIX.

MEXICO.
IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO.
Calle de los Rebeldes núm. 2.

1856.

D548

L3

V.1



ADVERTENCIA
DEL TRADUCTOR.

Suelen los autores en sus prólogos rebajar el mérito y la importancia de sus obras, y, como suele decirse, *echarse por tierra*, alguna vez por verdadera, casi siempre por afectada modestia. En el prólogo que sigue no sucede así: el autor dice francamente lo que le parece de su obra, y aunque su juicio es algo severo, en el fondo es justo. Cualquiera que lea su obra conocerá que en efecto la ha escrito, como dice, á la ligera, sin pensar en publicarla, dejando correr la pluma sin reflexionar mucho: —el que escribía era un hombre de gran talento, y así sus notas se leen con sumo agrado; pero todo, y particularmente el estilo, desaliñado y cortado á veces por demas, todo manifiesta que escribía sin ninguna especie de pretension, como quien escribe para sí. Ahora bien, mi deber, como traductor de esta

obra, era conservarle lo mas posible su carácter original: era menester, no solo decir lo que dice el autor, sino decirlo como él lo dice, con el desaliño, con los cortes, con la rapidez con que, en general, escribe él sus notas.—Esto he procurado hacer: así como otros castigan el estilo y lo liman para hacerlo fluido y armonioso, yo he tenido que poner mucho estudio en imitar el tono del autor, y los que han escrito en nuestra lengua, saben cuán indócil, cuán rebelde se muestra cuando se le piden tales imitaciones del frances. La índole de ambas lenguas es no solo diferente, sino diametralmente opuesta; ademas, nada es mas difícil de imitar que la naturalidad, y en mí ha tenido que ser efecto del estudio lo que en el autor es espontáneo y natural,—trabajo ímprobo y sin gloria; pero al que me he sometido gustoso por respeto al gran poeta que traducía, á cuyo raro ingenio profesó en mi corazón una especie de culto.

PROLOGO DEL AUTOR.

Esto no es un libro, ni un viage: nunca he pensado en escribir ni uno ni otro. Un libro, ó mas bien, un poema sobre el Oriente, ecciste ya en el *Itinerario* de M. de Chateaubriand; este grande escritor y gran poeta no hizo mas que pasar por aquel suelo de prodigios, pero imprimió para siempre la huella de su génio sobre aquel polvo que han removido tantos siglos. Fué á Jerusalem como peregrino y como caballero, con la Biblia, el Evangelio y las Cruzadas en la mano; yo he pasado por aquel suelo como poeta y filósofo, y de él he reportado profundas impresiones en mi corazón, altas y terribles enseñanzas en mi mente. Los estudios que he hecho allí sobre las religiones, la

historia, las costumbres, las tradiciones, las fases de la humanidad, no son perdidos para mí; esos estudios que ensanchan el horizonte tan estrecho del pensamiento, que ponen delante de la razón los grandes problemas religiosos é históricos, que fuerzan al hombre á replegarse en sí mismo, á sondear sus convicciones, á formularse otras nuevas; esa grande é íntima educacion del pensamiento por medio del pensamiento, de los sitios, de los hechos, de las comparaciones de los tiempos con los tiempos, de las costumbres con las costumbres, de las creencias con las creencias, nada de eso es perdido para el viajero, el poeta ó el filósofo; todo eso forma los elementos de su poesía y de su filosofía para el porvenir. Cuando ha reunido, clasificado, coordinado, reasumido, la innumerable multitud de impresiones, de imágenes, de pensamientos, que la tierra y los hombres ofrecen á quien los consulta; cuando ha madurado su alma y sus convicciones, habla á su vez, y, bueno ó malo, bien templado ó desacorde, da su pensamiento á su generacion, ó bajo la forma de poema, ó bajo la forma filosófica: —dice en fin su palabra decisiva, esa palabra que todo hombre que piensa está llamado á decir. Es-

te momento llegará acaso para mí; todavía no ha llegado.

Por lo que hace á un viage, es decir, á una descripción completa y fiel de los países que uno ha recorrido, de los sucesos personales que le han ocurrido al viajero, del conjunto de las impresiones que han producido sobre él los sitios, los hombres y las costumbres, todavía he pensado ménos en ello. Por lo que respecta al Oriente, esto está hecho tambien; está hecho en Inglaterra, y se está haciendo en Francia en este momento, con una conciencia, un talento y un écsito que yo no podría lisongearme de igualar. M. de Laborde escribe y dibuja con el talento del viajero en España, y el pincel de nuestros primeros artistas. M. Fontanier, cónsul en Trevizonda, nos da sucesivamente retratos esactos y vivos de las partes ménos exploradas del imperio Otomano; y la *Correspondencia de Oriente*, por M. Michaud, de la Academia Francesa, y por su jóven y brillante colaborador, M. Poujoulat, satisface completamente cuanto puede desear acerca del Oriente la curiosidad histórica, moral y pintoresca. M. Michaud, escritor esperto, hombre hecho, historiador clásico, en-

riquece la descripción de los sitios que recorre con todos los recuerdos, vivos para él, de las Cruzadas; hace la crítica de los sitios por medio de la historia, y la de la historia por medio de los sitios; su espíritu maduro y analítico, se abre paso por entre los sucesos pasados como por entre las costumbres de los pueblos que visita, y derrama la sal de su dulce é ingeniosa filosofía, sobre las costumbres, los usos, las civilizaciones que recorre;— es el hombre avanzado en inteligencia y en años que lleva al jóven por la mano, y le enseña con la sonrisa de la razón y de la ironía, escenas nuevas para él. M. Poujoulant es un poeta y un colorista; su estilo, empapado en la impresión y en la tinta de los sitios, los refleja espléndidos y calientes con la luz local. Se conoce que el sol de Oriente brilla y calienta todavía en su pensamiento jóven y fecundo, mientras escribe á su amigo. La diversidad de aquellos dos talentos, completándose mutuamente, hace de la *Correspondencia de Oriente*, la colección mas completa que podemos desear acerca de aquel admirable país; así es como es la lectura mas amena y entretenida.

Por lo que hace á la geografía, todavía tenemos poco; pero los trabajos de M. Caillet, jóven oficial

de estado-mayor á quien he encontrado en Siria, se publicarán sin duda en breve, y completarán el cuadro de esa parte del mundo. M. Caillet ha pasado tres años explorando la isla de Chipre, la Caramania, las diferentes partes de la Siria, con aquel celo y aquella intrepidez que caracterizan á los oficiales instruidos del ejército frances. De vuelta recientemente en su patria, le trae nociones que hubieran sido muy útiles para la expedición de Bonaparte, y que pueden preparar otras.

Las notas que he consentido en dar aquí á los lectores no tienen ninguno de estos méritos; las doy con sentimiento, porque solo servían para mis recuerdos y solo á mí estaban destinadas. No hay en ellas ni saber, ni historia, ni geografía, ni costumbres; muy léjos estaba de mi pensamiento el público, cuando yo las escribía—y ¿cómo las escribía? A veces al medio día, durante el descanso de esta hora, á la sombra de una palmera, ó bajo las ruinas de un monumento del desierto; mas comunmente por la tarde, bajo nuestra tienda batida por el viento ó la lluvia, á la luz de una hacha de resina; un dia en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, al vaiven de una barca árabe, ó en el puente de un bergantín en medio de los

gritos de los marineros, de los relinchos de los caballos, de las interrupciones, de las distracciones de toda especie propias de un viage por tierra ó por mar; á veces pasando ocho dias sin escribir,— á veces perdiendo las páginas sueltas de un album desgarrado por los chacales ó empapado en la espuma del mar.

De vuelta en Europa, yo hubiera podido, sin duda, revisar estos fragmentos de impresiones, reunirlos, proporcionarlos, componerlos y escribir un viage como otro cualquiera; pero ya lo he dicho, escribir un viage no entraba en mi plan. Se necesitaba para eso tiempo, libertad de ánimo, atención, trabajo; y yo no podía dar nada de eso á mi obra. Mi corazón estaba despedazado, mi pensamiento estaba en otra parte, me faltaba tiempo; era preciso ó quemarlas ó dejar estas notas tales cuales estaban. Circunstancias inútiles de explicar me han determinado á este último partido: me arrepiento, pero ya es tarde.

Ciérrelas, pues, el lector antes de haberlas recorrido, si busca en ellas otra cosa que no sea las mas fugitivas y superficiales impresiones de un viagero que anda sin pararse. Solo pueden tener algun interes para los pintores; estas notas son es-

clusivamente pintorescas; solo la mirada escrita, la ojeada de un transeunte sentado sobre su camello, ó en el puente de un buque, que ve huir bellos paisajes delante de sus ojos, y que, para acordarse de ellos al dia siguiente, echa algunos toques de lápiz sin color en las hojas de su diario. A veces el viagero, olvidando la escena que le rodea, se repliega en sí mismo, se habla á sí mismo, se escucha á sí propio, piensa, gozar ó sufrir, y graba tambien entonces una palabra de sus impresiones lejanas, para que el viento del Oceano ó del desierto no se lleve su vida toda entera, y le quede algun rastro de ellas en oro tiempo, cuando esté de vuelta en el hogar solitario, procurando reanimar un pasado muerto, calentar recuerdos frios, anudar los eslabones de una vida que en tantos puntos han roto los sucesos... He aquí estas notas; de interes carecen; aplausos no los pueden obtener; en cuanto á indulgencia, ciertos derechos tienen para reclamarla.